

Y LA VERDAD SERÁ NUESTRA DEFENSA

EL CASO DE LOS BARRIOS ALTOS



La matanza de los Barrios Altos
no la completan víctimas y verdugos,
clásicos personajes de una tragedia,
el escenario semiderruido del jirón Huanta 840,
ni siquiera el gobierno, algunos de cuyos
representantes jugaron papeles fundamentales
como planeadores del crimen
y encubridores de los criminales.

Faltan el Perú y sus 23 millones de habitantes.

Nos guste o no también tenemos parte
en esa terrible representación: por aceptar
que la amnesia se instale en
nuestras vidas como si se tratase de un orden
natural de las cosas; por negarnos
a exigir que verdad y justicia para unos
cuantos peruanos eran impostergables cartas de
garantía de nuestros propios derechos e
instrumentos de sanción para el poder abusivo.

Más grave aún: por no reparar
que las culpas históricas nunca permiten la
concreción de una convivencia armoniosa.

Mañana alguien extenderá al aire
su dedo acusador contra nosotros.

Y otro poder querrá acallarlo con la misma
voluntad exterminadora que se puso
a prueba en los Barrios Altos. Esta es la culpa
que no debimos trasladar al futuro
y a nuestros hijos.

Mientras sea posible tenemos que evitar
que un crimen similar vuelva a suceder.

PRESENTACIÓN

¿Qué distancia separa Chucchi, Uchuraccay o Accomarca de la Plaza de Armas de Lima? ¿Qué tan profundo es el abismo que condena a unos a las tinieblas de la muerte anónima y permite a la capital ahorrarse los horrores de la guerra? A lo largo de los últimos quince años las respuestas a estas preguntas fueron cada vez más inciertas. Apagones, coches bombas, rastrillajes nocturnos, asesinatos selectivos, comenzaron a incorporarse a la rutina de la ciudad. Las cárceles, espacios privilegiados del horror, fueron escenario de genocidios similares a los ocurridos en los Andes.

El 3 de noviembre de 1991, en una vieja casona del jirón Huanta 840, un hecho marcaría la definitiva instalación de la violencia en el corazón de la vieja ciudad. Quince humildes vecinos, plebeyos de hoy -parafraseando al cantor de aquellos barrios-, fueron cubiertos en la noche por el crespón definitivo de la muerte. A seiscientos metros del Palacio de Gobierno, sus cuerpos sin vida, regados en el patio, daban cuenta de una voluntad de exterminio sobre cuya autoría pocos dudaron.

¿Por qué ellos? ¿Por qué aquella noche? Las víctimas no lo sabrán nunca; sus deudos y algunos sobrevivientes no aceptarán jamás explicación alguna. La irracionalidad es también parte de la estrategia: demostrar que se está dispuesto a ir más allá de todo límite para paralizar al adversario. Los escenarios tampoco son arbitrarios: a los coches-bomba en barrios residenciales responden los rastrillajes en barrios populares; a los asesinatos selectivos en cualquier calle, responde el crimen masivo en cualquier callejón. Más aún si está ubicado en un lugar por centurias identificado con indios, mestizos pobres, negros callejones, locos y enfermos, criminales y muertos.

Entre la Plaza Mayor, sede de los poderes -la Iglesia, el Palacio y el Ayuntamiento-, y el Pueblo de Indios de Santiago del Cercado (fundado en 1571), comenzaron a crecer, desde fines del siglo XVI, un conjunto de barrios que con el tiempo serían llamados de manera genérica Barrios Altos. El nombre deriva de la pendiente sobre la que éstos se ubicaban. Su eje, el hoy jirón Junín, unía la Plaza Mayor con la Iglesia de Santa Ana y ésta con las Cinco Esquinas, lugar donde se abría una de las puertas del Cercado, reducción de indígenas, segregados social y espacialmente.

Paulatinamente los espacios libres fueron ocupados por iglesias y conventos, pertenecientes a las órdenes menos poderosas, por hospitales -el de Indios, el de Mendigos e Insanos de Santo Toribio (1669), el Lazareto (siglo XIX)-, y sobre todo por corralones, aposentos y callejones. En ellos convivían, en precario equilibrio,

indios, mestizos y mulatos, esclavos libertos y blancos pobres. A diferencia del rígido trazo que dominaba el damero que rodea a la Plaza Mayor, en el trazo de las calles se impusieron las acequias y quebradas, los caprichosos límites de las huertas. El paisaje lo completó la inauguración -en 1808- del Cementerio Presbítero Maestro.

Distrito V denominan los censos de inicio de siglo a los Barrios Altos. Entre las calles Huanta y Conchucos, la Portada de Martinetti y la calle Junín, se hacinaban cincuenta personas por casa, contando sólo la mitad de estas con agua y desagüe (datos de 1908). Allí se asentaba la tasa de muerte por tuberculosis más alta de Lima. La mayoría de sus habitantes era catalogado por el censo bajo el elusivo rótulo de mestizos.

En el imaginario de la ciudad, los Barrios Altos combinaban la peligrosidad y el desenfado. Las calles peligrosas («...que esconde en su sombra venganza y traición») y el callejón que se clausura para dar rienda suelta a la jarana de rompe y raja. En los últimos años, acicateados por la crisis, ambos rasgos adquirieron nuevas formas. El vals y el pisco cedieron paso a la música chicha y la cerveza, la jarana a la pollada. A los episodios de sus calles se incorporaron algunas acciones subversivas, tales como la emboscada al ómnibus de la guardia de Palacio a fines de la década pasada. La sospecha, cargada de los prejuicios acumulados, comenzó a rondar por calles, plazas, patios y callejones. Una vez más la pobreza era la primera sospechosa.

Sobre la matanza de Barrios Altos, sus antecedentes e implicancias trata la presente publicación. A cinco años de distancia, y tras la Ley de Amnistía o Impunidad, reconstruir los hechos no responde a ninguna intención taliónica. Sabemos que ninguna sanción podrá devolver la vida a los que murieron, la salud a quienes quedaron afectados de por vida. Preservar la memoria de lo ocurrido pretende ayudar a procesar el duelo que la sociedad peruana debe guardar por sus treinta mil muertos, ayudar a establecer la justicia sobre el sólido fundamento de la verdad y contribuir a erradicar las desigualdades, exclusiones y prejuicios que alimentaron el horror reciente. Esperamos que estas páginas motiven en sus lectores la voluntad de actuar de manera decidida en esta perspectiva.

El concurso de muchas las personas, sus aportes, sugerencias, ayuda y aliento han hecho posible la aparición de «... Y la verdad será nuestra defensa»; de manera especial queremos señalar a Tulio Mora poeta y amigo de Aprodeh autor del presente trabajo. A todos ellos nuestro sincero agradecimiento.

Lima, julio de 1996.